

# *La crisis de la teoría marxista del Estado y el fin del socialismo real*

Manuel FERNANDEZ DEL RIESGO

Como nos recuerda Perry Anderson, «fundamentalmente, Marx dejó una teoría económica coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El Capital*, pero no dejó una teoría política semejante de las estructuras del Estado burgués o de la estrategia y la táctica de la lucha socialista revolucionaria por un partido obrero para derrocarlo (...). A este respecto, la obra de Marx no pudo ir más de prisa en la intervención de los instrumentos y las modalidades de su autoemancipación que el ritmo histórico real de las masas»<sup>1</sup>. Sólo nos encontramos con algunas declaraciones genéricas o de principio, que implican un auténtico vacío teórico, con relación al Estado. Vacío que, por otro lado, viene motivado por su interpretación-evaluación del Estado como algo destinado a desaparecer. Lógicamente, este vacío tendría que ser rellenado por la experiencia de los acontecimientos y la posterior reflexión crítica sobre ellos. Así se fueron constituyendo dos teorías antagónicas: la teoría leninista y la teoría socialdemócrata del Estado.

En verdad, fue Lenin quien, en el espacio de veinte años, creó los conceptos y los métodos para llevar a cabo una lucha proletaria por la conquista del poder y la transformación social en la Rusia zarista. Ahora bien, esta teoría se alumbró en polémica con otra concepción, la socialdemócrata, cuyos orígenes hay que buscar en Eduard Bernstein<sup>2</sup>.

Realmente el problema del Estado es de una extraordinaria trascendencia, ya que sus consecuencias prácticas inciden sobre la posible vertebración y fusión de la teoría marxista con el movimiento obrero. Y como nos recuerda L. Coletti, es en este terreno de lo político donde con mayor claridad se percibe la actual crisis del marxismo.

Precisamente el marxismo occidental de hace más de medio siglo, se caracteriza por un divorcio o hiato entre gran parte de los teóricos o intelectuales (marxistas o filomarxistas) y la praxis política. Esto se concreta en la forma de un apartamiento total de la actividad política, que es el caso de Adorno; en la forma de una lucha independiente, que es el caso de Sartre y Marcuse, o en la forma de una militancia poco operante en los partidos obreros, que es el caso de L. Althusser<sup>3</sup>.

Este hiato lleva como consecuencia al grave silencio sobre temas

importantes que, sin embargo, fueron preocupación del marxismo clásico, como la maquinaria del estado burgués o la estrategia de la lucha de clases. En cambio, se manifiesta una especial preocupación por cuestiones estéticas (Adorno, Lukacs y A. Sánchez Vázquez), epistemológicas (L. Althusser), o por la teoría de la cultura (Marcuse). En definitiva se debilita alarmantemente aquella síntesis o fusión entre teoría y praxis que Marx postulaba, y por la que tanto luchó Rosa Luxemburgo<sup>4</sup>.

Todo ello hace que no se haya profundizado en el tema del Estado democrático representativo como forma madura del poder burgués, algo tan significativo de la sociedad occidental actual.

No obstante, desde los años sesenta, la teoría marxista ha vuelto a recuperar el tema del Estado. A ello han contribuido, entre otras cosas, la obra de pensadores como Ralph Miliband y Nicos Poulantzas, y las discusiones en el seno de los partidos comunistas occidentales sobre la validez actual de la dictadura del proletariado y del leninismo. Esto va a significar volver a intentar unificar el lenguaje teórico marxista con la práctica de la lucha política, y profundizar en la naturaleza y estructura de la democracia en la sociedad capitalista avanzada, como en sus posibilidades revolucionarias.

Vamos a hacer un rápido recorrido, con el fin de intentar arrojar un poco de luz sobre la situación actual<sup>5</sup>.

Como ya hemos indicado al inicio de esta reflexión, a partir de los textos fundamentales, pero fragmentarios de Marx, y de la consideración de las experiencias históricas, se han ido configurando dos teorías alternativas:

— Una que señala la continuidad entre Marx y Lenin en la cuestión del Estado; resaltando la tesis de la Dictadura del proletariado como elemento vertebral de la teoría marxista.

— Otra que defiende la posibilidad de arbitrar una teoría marxista del Estado que concibe la transformación social como un proceso de continua democratización del Estado, pacífica y legal.

1. siguiendo a Étienne Balibar<sup>6</sup>, podemos resumir diciendo que las tesis fundamentales de Marx y Lenin son:

— En la historia, el poder del Estado es el poder político de la clase dominante de la sociedad.

— El núcleo del poder del Estado está constituido por el aparato represivo (ejército, policía, sistema penitenciario, etc.). De ahí la necesidad de la destrucción de esta dictadura de la burguesía.

— La dictadura del proletariado tiene como finalidad la creación de una sociedad sin clases.

— El Socialismo, como período de transición entre el capitalismo y el comunismo, se identifica con la Dictadura del proletariado, que desde que se constituye inicia un proceso de autodestrucción.

Además, para Étienne Balibar, como para L. Althusser, la Dictadura del proletariado es una mediación indispensable para la transformación sustan-

cial y auténtica de la sociedad. En este sentido reivindican la vigencia del leninismo.

Según L. Althusser, la necesaria destrucción del Estado burgués significa: «1) Romper el aparato del Estado parlamentario-burgués, suprimir la división de poderes entre el legislativo y el ejecutivo; 2) la supresión de la fractura burguesa, que separa a las masas populares del aparato parlamentario»<sup>7</sup>.

Por otro lado, esta Dictadura del proletariado se concibe en Marx y en Lenin como la «más amplia democracia proletaria». Cuando respectivamente escriben sobre ella (en *Crítica del Programa de Gotha* y en *El Estado y la Revolución*), piensan en la Comuna de París de 1871<sup>8</sup>. A este respecto el planteamiento de Marx parece marcadamente antiautoritario y antiburocrático. La Dictadura del proletariado hay que entenderla, pues, como gobierno popular. A. García Santesmases piensa, y yo creo, que con razón, si todo este planteamiento de Marx, planteamiento optimista, no está en función de una concepción de la futura sociedad comunista como autoidentidad consigo misma, fruto de un hegelianismo solapado. (Recuérdese que la filosofía de Hegel se puede interpretar como una búsqueda y construcción de la reconciliación universal, que acaba alumbrando una identidad absoluta, de ahí su monismo metafísico). Kolakowski, el gran pensador polaco, también piensa que la tesis de la extinción del Estado tiene mucho de hegelianismo y soteriología<sup>9</sup>. Para este autor Marx soñó con el mito de la unidad de la vida personal y comunal. Unidad que impuesta al principio por la fuerza, se transformaría luego en una unidad voluntaria. Una unidad que implicaría también la sobreabundancia de la producción racionalizada. Es entonces cuando el Estado desaparecería, y en su lugar emergería la administración de las cosas, no el dominio sobre las personas.

En verdad, este optimismo le llevó a Marx a no sopesar suficientemente algunos importantes aspectos que la trágica práctica histórica de Lenin iba a poner sobre el tapete... Y así, del Lenin revolucionario al Lenin estadista vemos cambios notables. Y ello, porque ante la prueba irrefutable de los hechos, se vería abocado a la grave opción de: o sustituir la antigua máquina del Estado, o por el contrario, restaurar dispositivos básicos de la misma. Lenin triunfó en la revolución, ¿pero triunfó también en su intento de superar la escisión entre gobernantes y gobernados? A la luz de los hechos, y por desgracia, hay que contestar que no. La dictadura de los trabajadores fue, poco a poco, sustituida por la dictadura del partido, el enraizamiento de una poderosa burocracia sin control democrático, y, en fin, el amanecer de «las nuevas clases»<sup>10</sup>. En el contexto de la ruina económica y de inseguridad militar, los «bolcheviques» (sección mayoritaria del partido socialdemócrata ruso), se vieron en la necesidad de organizar con eficacia la producción y el ejército. Esto significó, en la práctica, reponer a los especialistas, técnicos burgueses y a los militares en sus antiguos puestos. Un escrito de Lenin bien explícito al respecto es «Las tareas inmediatas del poder soviético»<sup>11</sup>. La falta de

conocimientos e instrucción hacía cada vez más difícil la ideal participación de las masas en la tarea del gobierno. Lenin acabará reconociendo la necesidad de la coerción, el orden y la disciplina férrea; es decir, el poder dictatorial por determinadas personas. Ello se irá traduciendo en la obediencia incondicional al Partido, a su Comité central, y, en fin, al propio Lenin.

Hay que recordar que para Marx la revolución no era repentino golpe de fuerza, sino que debería producirse cuando las condiciones objetivas y subjetivas fueran las adecuadas. Las primeras se concretaban, básicamente, en una agudización de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción del modo de producción capitalista (la producción cada vez se socializaría más, y la propiedad cada vez se privatizaría más); las segundas, en una maduración de los auténticos intereses de la clase obrera<sup>12</sup>. Ahora bien, la Rusia zarista no cumplía desde luego estas condiciones. No obstante, Lenin «creyó conveniente abreviar las etapas previstas por Marx a causa de la existencia de un factor nuevo, la guerra imperialista. El imperialismo es la fase superior del capitalismo, cuya característica es la concentración de capitales, el régimen de monopolio. Todas las guerras modernas son guerras imperialistas, y reflejan los conflictos entre los imperialismos concurrentes. Por eso, dentro de este nuevo contexto internacional, según el análisis de Lenin, una revolución como la rusa podría triunfar en virtud de los siguientes factores favorables. Primero, porque no va a quedar aislada, como había ocurrido en 1905. Segundo, porque va a ser el acontecimiento catalizador de las energías revolucionarias del proletariado del resto de los países»<sup>13</sup>. No obstante, los acontecimientos históricos no confirmaron los presupuestos de Lenin.

La enseñanza de la experiencia leninista es la siguiente: si disolvemos el parlamentarismo burgués, por muy formal que sea, para conseguir la democracia directa de los trabajadores, nos veremos abocados a la situación de que éstos quedarán constreñidos a la voluntad y disposiciones de los dirigentes..., y el proceso de degeneración burocrático-autoritario se pondrá en marcha. La democracia burguesa no se sustituye por la real participación en la Administración de los proletarios, sino por la incondicional subordinación a un verticalismo y autoritarismo de Estado.

La degeneración burocrático-autoritaria del leninismo, maximalizada en el período stalinista, fruto de la insuficiente valoración por Lenin del parlamentarismo y de la división de poderes, y también de su culto a la disciplina y al elitismo de vanguardia, nos lleva necesariamente, a plantearnos la cuestión del papel de las clases alienadas, y de las funciones de sus representantes. Y un problema no suficientemente valorado fue el de la educación moral y política: una integración forzada suele tener efectos de inhibición<sup>14</sup>.

2. Pero para enfrentarnos con estas cuestiones, tenemos antes que tener en cuenta la aportación del otro enfoque teórico, que hemos mencionado: la socialdemocracia.

Las premisas del planteamiento socialdemócrata las asienta Eduard Bernstein, que es el que máximamente encarna el giro histórico sobrevenido tras la muerte de Engels en 1895<sup>15</sup>. Para Bernstein, ni el Estado es un puro instrumento de coerción, ni es necesaria su destrucción violenta. Se cuestiona, pues, la tesis de la Dictadura del proletariado, y se ve a la República democrática como la forma superior del Estado democrático. Es, en verdad, un retorno al «programa de Gotha». El Estado, que no es el puro poder de las clases dominantes, puede ser ilimitadamente democratizado. Se sustituye, por lo tanto, la revolución por la evolución o cambio continuo. Idea que, como ya hemos dicho, combatiría Rosa Luxemburgo.

Berstein, influenciado por el evolucionismo liberal y la fe en el progreso, rehuye de todo salto cualitativo drástico y plantea la acción socialista en el marco de la legalidad parlamentaria. Este proceso democratizador ininterrumpido se opone al determinismo y al escatologismo. De este modo, Berstein refuerza su doctrina con una dimensión ético-humanista.

Claro que el optimismo de Berstein que confía, en exceso, en las disposiciones de la clase burguesa, olvida que ese proceso de democratización tiene unos límites estructurales, que cuando se intentan traspasar, provocan la inmediata reacción de la clase explotadora. La trágica caída de Salvador Allende y el arrasamiento del Chile democrático, y anteriormente, la aterradora experiencia del nazismo alemán, cuestionan gravemente el optimismo bersteiniano.

Para Karl Kautsky, otra de las grandes figuras del ala derecha de la socialdemocracia alemana, no hay socialismo sin democracia<sup>16</sup>. Es partidario del camino lento y persistente de educación política y acumulación de fuerzas, para alcanzar el socialismo sin ruptura brusca con la democracia. Si la clase burguesa se rebela, será contrarrestada por la fuerza de la clase proletaria. Cree que si el proletariado se fortalece lo suficiente se bastará a sí mismo para conquistar el poder político, mediante la utilización de las libertades legales y constitucionales. Pero acabamos de recordar que este respeto a ultranza a los mecanismos democráticos suele llevar a estrepitosos fracasos históricos. Implica la ingenuidad de creer en la neutralidad del Estado, que, como instrumento, lo es ahora de la burguesía, y lo puede ser mañana del proletariado. En esta crítica ha ahondado posteriormente un autor, que ha vuelto a validar las tesis trotskysta-leninistas: Ernst Mandel<sup>17</sup>.

Pero a pesar de todo, Kautsky, cree poder llevar a cabo, con mucha probabilidad una revolución política pacífica, quedando la guerra civil, en extremo, como un mal menor. Mal éste que se hará más probable cuanto menos democratizado esté el Estado.

Pero, insistimos, el testimonio histórico nos dice que, hasta ahora, al menos, no se ha conseguido alcanzar el socialismo por vía democrática: o el intento ha sido barrido violentamente, o se ha abdicado del ideal socialista.

Tras el fracaso de la revolución leninista, y el trauma de la Segunda

Guerra Mundial con el holocausto de los totalitarismos, los partidos comunistas europeos, encabezados por el italiano, intentaron abrir una «tercera vía», que, en el fondo, tiene mucho de kautskyana. Me refiero al «eurocomunismo». Y es que el totalitarismo ha servido, por reacción, en los países europeos occidentales, para valorar las conquistas de la democracia burguesa. El eurocomunismo «asume valores de la tradición liberal humanista: el laicismo, el pluralismo cultural, la aceptación de las instituciones democrático-representativas, la autonomía de la sociedad civil, la valoración positiva de los movimientos sociales autónomos del Estado y de los partidos políticos»<sup>18</sup>. Y todo ello, como indica A. García Santesmases, bajo una observación fundamental: el Estado democrático burgués, en su proceso de democratización y perfeccionamiento institucional, cuestiona la pura y estricta interpretación instrumentalista del Estado de Lenin. Idea que también comparte el profesor Elías Díaz. Me explico: para el eurocomunismo de Togliatti, E. Berlinguer, etc., el Estado no es sólo un aparato coercitivo, sino el centro de una conflictiva y compleja tarea de plasmación y defensa de valores. El Estado liberal-democrático no es sólo algo forjado por la burguesía, sino que «tiene una dinámica propia que le otorga una cierta autonomía». No es una institución totalmente homogénea. Está constituido por un conjunto de aparatos institucionales que, aunque tienen una cierta unidad por su función organizativa y dominadora, no son igualmente permeables a las influencias de las luchas y reivindicaciones sociales. Pensemos, por ejemplo, en el aparato militar y el administrativo. Y estas características hacen posible, para el eurocomunismo, la utilización técnica de las instituciones parlamentarias, dirigidas hacia fines socialistas<sup>19</sup>.

A pesar de este análisis, Manuel Sacristán no cree que el eurocomunismo sea auténtica vía o estrategia hacia el socialismo<sup>20</sup>. En la práctica, lo más posible es que acabe identificándose con un reformismo burgués, que, en alguna medida, ya se inició con el Estado benefactor del neocapitalismo y la sociedad del bienestar. Si nos atenemos a los hechos, el eurocomunismo como proceso democratizador no ha pasado de algunos «amagos» incoherentes y contradictorios<sup>21</sup>.

En verdad, la tesis gradualista, en cualquiera de sus versiones, no deja de ser ingenua, ante la vigencia de los poderes fácticos. No podemos olvidar, como nos recuerda Ralph Miliband<sup>22</sup>, el constreñimiento o la presión que el poder económico ejerce sobre el poder político; esto es, las conexiones, en el Estado capitalista, entre las élites económica y política. Y esto nos obliga a distinguir entre gobierno y poder. De tal modo, que la victoria electoral dará, sin más, el derecho a gobernar (naturalmente si las elecciones han sido limpias), pero no el poder para gobernar. No evaluar esto suficientemente, es caer en la ingenuidad, repetimos, de creer que hay alguna posibilidad de utilizar el Estado en contra del Capital, en la sociedad donde impera el modo de producción capitalista<sup>23</sup>.

Claus Offe nos recuerda que en la segunda mitad del siglo XX, la práctica

de la democracia liberal ha demostrado la compatibilidad entre «la democracia de masas (definida como sufragio universal para todos, más forma de gobierno parlamentario o presidencialista) y la libertad burguesa (definida como producción basada en la propiedad privada y fuerza de trabajo libre)»<sup>24</sup>. Y esto se ha conseguido mediante una «mercantilización de los partidos», y la politización de la economía privada del Estado de bienestar keynesiano. Lo segundo ha significado un intervencionismo del Estado. Y lo primero ha significado lo siguiente: la competencia electoral entre partidos y la negociación colectiva institucionalizada ha favorecido el debilitamiento de la ideología del partido de izquierda, ya que unas veces ha caído en el «descafeinamiento» de su programa político en función de los requerimientos del mercado político y de las exigencias de coalición con otros partidos (hay que «diversificar el producto» para tratar de «interesar a una multitud de reivindicaciones y preocupaciones diferentes»<sup>25</sup>); y otras veces ha caído en la retórica burda y panfletaria de un electoralismo vergonzante. Como nos recuerda Juan J. Linz, el intentar desacreditar al contrario o intentar hacer ver el carácter parcial de su programa es algo propio del juego electoral. Pero la mala fe, las calumnias, etc., separan la oposición leal de la desleal<sup>26</sup>.

La mercantilización de los partidos es un indicador de la falta de proyecto político, y la implantación, en su lugar, de un burdo oportunismo, que acaba olvidando la fidelidad a los programas electorales. Y ello favorecido por la «oligopolización» del mercado político<sup>27</sup>. Como nos recuerda Victoria Camps, «La gobernabilidad se complica cuando las opiniones son plurales, se imponen, entonces, los pactos y las consiguientes deserciones de ideas previamente asumidas (...). El sujeto de la responsabilidad social que, al parecer, ha desaparecido, es el sujeto de la democracia cuyo paradero tampoco está nada claro»<sup>28</sup>.

Esta degradación de la vida política nos hace tomar conciencia de que la crisis no es sólo del modelo económico, sino también de legitimación, esto es de valores culturales y sociales. En este sentido urge el desarrollo de un «ethos democrático», que ayude a superar la concepción y práctica elitista de la democracia. Hace falta potenciar una participación que no se identifique sin más, con el mecanismo de la votación, sino «que ponga su empeño en el diálogo anterior a la toma de las decisiones, y en las condiciones del mismo, y en la búsqueda de mecanismos por los que todos los afectados por una decisión puedan influir en ella»<sup>29</sup>... Un ethos que iría presidido, según esta autora, por el principio de universalización o autonomía de la voluntad como supremo principio de la moralidad; es decir, que iría presidido por la capacidad legisladora del diálogo, que precedería a la toma de decisiones que afecten a los niveles morales (públicos y privados) que lo requieran. Se alumbraría de este modo, una «libertad para» fecundada por la idea de la solidaridad moral, y la de la participación dialogal. Es también significativo que otra profesora de ética, a la que también acabamos de aludir, Victoria

Camps, reivindique como virtudes para la democracia la solidaridad, la responsabilidad y la tolerancia, entre otras<sup>30</sup>.

Recientemente, el sociólogo y filósofo polaco Adam Schaff<sup>31</sup>, nos ha recordado que la revolución de la microelectrónica y la robótica apunta hacia la eliminación del trabajo humano de la producción y de los servicios, que la ingeniería genética abrirá, en muy poco tiempo, fabulosas posibilidades en el campo de la productividad agrario-ganadera, y que la informática brindará posibilidades magníficas para ampliar los niveles de participación democrática y el autogobierno de los ciudadanos, ya que será posible «extender la institución del referéndum popular a una escala sin precedentes»<sup>32</sup>. Pero con esta revolución también se nos presentan «amenazas pavorosas»: el paro estructural, el atentado a la intimidad privada, y que se ahonde todavía más el abismo desgarrador entre los países industrializados y los países subdesarrollados. Por tanto, la gran apuesta que la coyuntura actual nos brinda, parece exigir, hoy más que nunca, la necesidad de una planificación socializadora a nivel político-económico de alcance nacional y macrocomunitario o internacional, que diga definitivamente adiós a la política de bloques y al darwinismo social, y diga sí a la solidaridad, al apoyo mutuo, y a la justicia. Sólo así estaremos ante la posibilidad de que se alumbré un nuevo orden social, que incluso implicará una transmutación cultural, de la que también ha hablado Luis Racionero: el paso de la sociedad laboral a la sociedad del trabajo creativo, del ocio y de la cultura<sup>33</sup>.

Ante toda esta situación que comentamos, se ha alumbrado un nuevo intento de interpretación marxista de la problemática del Estado y la praxis política. Me refiero a la obra del ya por desgracia fallecido, Nicos Poulantzas<sup>34</sup>. La tesis de Poulantzas es que el responsable de la deformación autoritario-burocrática no es sólo el Lenin jacobino-autoritario, sino también el Lenin libertario-revolucionario, es decir, el que rompe lanzas contra la democracia representativa en favor de la democracia directa. Lo paradójico está en que esta ruptura, de hecho, favorece el centralismo burocrático, ya que sin instituciones específicas, como el Parlamento, es difícil mantener las libertades en la transición, y el pluralismo en el socialismo. Por esta razón, Poulantza piensa que es necesario el mantenimiento y la transformación de las instituciones democráticas representativas. Si no, se acaba cayendo en la dictadura del partido único.

Ahora bien, como contrapartida, para no quedarnos en una tímida socialdemocracia puramente reformista, es necesario también apoyar los movimientos sociales de base y autogestionarios. Hoy hace falta una fuerte apoyatura y movilización social, que evite caer en el pragmatismo y la ineficacia política de cara al cambio. Tema en el que también insisten Ralph Miliband y Elías Díaz<sup>35</sup>. Un hecho hoy palpable es que están surgiendo nuevas prácticas de participación y representación políticas que no parecen tener la proclividad de los partidos a la reconciliación con las exigencias de la economía capitalista. Nos referimos a los nuevos movimientos sociales<sup>36</sup>.

Pensemos en los movimientos ecologistas, feministas, de presos, de ciudadanos interesados en la calidad de vida y en los derechos del consumidor, los movimientos de la juventud, por la paz, movimientos también de inspiración religiosa, etc. Como nos recuerda Gustavo Bueno, la actividad política «no tiene por qué canalizarse únicamente a través de los sindicatos de clase, de los partidos políticos parlamentarios o de las federaciones entre esos partidos. Caben otros muchos canales y redes organizativas para una vida política de inspiración marxista. Los años venideros nos ofrecerán una morfología mucho más rica que lo que ahora podríamos imaginar»<sup>37</sup>. Y con la relación a la misma posibilidad sostiene A. García Santesmases: «El polo libertario, movimientista es imprescindible porque el Estado es demasiado pequeño frente a las grandes determinaciones económicas y militares (y de ahí la necesidad de organismos internacionales), pero a la vez demasiado grande frente a las reivindicaciones que se realizan desde abajo, desde el seno de la sociedad civil»<sup>38</sup>. Estas nuevas alternativas pueden ser una buena medida para luchar contra la reducción de la praxis política a una actividad institucional desconectada de los colectivos de la sociedad<sup>39</sup>.

Como destaca Claus Offe «estos “nuevos movimientos sociales” no están interesados por lo que se crea o realiza por medio de la política y del poder estatal, sino por lo que debiera defenderse frente al Estado y ponerse fuera de su alcance, y por las consideraciones que rigen la orientación de la política pública»<sup>40</sup>. Y es que hay cosas que no son negociables ni siquiera en nombre del «progreso». Claro que esto también encierra un peligro: el desprestigio de los partidos políticos, y un proceso de «desparlamentización de la política pública». Las negociaciones del gobierno con agrupaciones corporativas están mostrando la superioridad funcional de estos acuerdos en comparación con la dinámica de la representación parlamentaria. Esto puede llevar a una crisis de competencia y del orden constitucional, y a un fraccionalismo de intereses y compromisos. Claus Offe nos señala dónde están «los límites de una contracultura política compuesta de un mosaico de una multitud de iniciativas prácticas dispersas: en el peligro de la automarginación, en el cultivo de alternativas ya sólo particulares, cuya dimensión política pronto se desvanecen»<sup>41</sup>. Por esta razón, éste catedrático de la Universidad de Bielefeld (Alemania Federal), ha destacado la necesidad de un partido de «nuevo tipo»; un partido «desmercantilizado», que sea sensible a la racionalidad común que está a la base de los conflictos locales y que sea instrumento «con cuya ayuda podría en buena medida canalizarse —en completo contraste con el tipo dominante de partido competitivo— el apoyo manifestado en las luchas electorales y en debates parlamentarios hacia las luchas extraparlamentarias, que no se puede movilizar desde el escenario mismo de cada conflicto puntual»<sup>42</sup>. Sólo de esta manera se podría alumbrar una cierta coherencia y racionalidad política a nivel global, y salvar el peligroso fraccionalismo de la sociedad civil, que describe Alain Touraine en su obra *El Postsocialismo*<sup>43</sup>.

Hoy es necesario aunar los esfuerzos y propiciar el entendimiento entre los sindicatos, los movimientos sociales y los partidos políticos. Pero para que éstos últimos nos sirvan es imprescindible fomentar en ellos las corrientes de opinión, la democratización interna y la capacidad de autorrevisión crítica. Sólo así tendrán la suficiente sensibilidad y flexibilidad, que el momento exige para su función política. Y el autocontrol y la autogestión de la sociedad también se verán favorecidos con unos medios de comunicación cada vez más libres e independientes.

Ya Poulantzas insistió en la necesidad de compaginar una lucha interna dentro del Estado que acentúe sus contradicciones, con una lucha paralela y externa: la de los movimientos sociales. Ellos deben de constituirse en dispositivos de resistencia y complemento de la lucha a nivel de partido y del Estado, pues el juego parlamentario deberá permanecer como condición de las libertades y centro de la discusión política<sup>44</sup>. Es cierto que los poderes fácticos siempre pesarán como un abortivo sobre este proyecto de cambio político y económico. Pero la situación actual, definida, todavía en alguna medida, por una política de bloques, por el armamento nuclear y por la fuerte tradición cultural-democrática de Occidente, aconseja esta vía como la menos peligrosa y con más esperanzas, por pocas que sean.

Esta vía se ve hoy reforzada por el testimonio de los importantes acontecimientos de la caída del «muro de Berlín», la «Perestroika» soviética, y la democratización en general de los países del Este. Todos estos acontecimientos ratifican el fracaso de la dictadura del proletariado, y de la economía hipercentralizada y superburocratizada del «socialismo real».

Desde la perspectiva del «marxismo cálido», como se ha llamado al pensamiento de E. Bloch, la tragedia del socialismo real ha sido que olvidó la inalienable dignidad de la persona humana. Por eso Bloch intentó recuperar la tradición del derecho natural, que es la utopía que se notaba precisamente por su ausencia. La dignidad humana no es posible sin la liberación económica, pero tampoco sin los derechos del hombre; y esto último lo acabó olvidando «el socialismo real». Ambas cosas se condicionan mutuamente. Una revolución que olvide esto está condenada al fracaso. Como escribió E. Bloch: «Ninguna democracia sin socialismo, ningún socialismo sin democracia, esta es la fórmula de una influencia recíproca que decide sobre el futuro»<sup>45</sup>. En este contexto, no deberíamos, ni los cristianos ni los marxistas humanistas, resignarnos al fracaso de la razón...

Como ha afirmado Alain Touraine, «El derrumbe de los regímenes comunistas es el acontecimiento mundial más importante desde la destrucción de los imperios coloniales después de la II Guerra Mundial y tal vez sus efectos serán más profundos y duraderos»<sup>46</sup>. Uno de esos efectos, en el que también han podido incidir los trágicos acontecimientos de la plaza de Tien An men, y la degeneración del régimen cubano, es la disolución —superación de los partidos comunistas, incluso en occidente. Estos últimos no encuentran ya el referente histórico de antaño, y se enfrentan a la transfor-

mación de las bases (el proletariado industrial). El caso del Partido Comunista italiano es bien explícito al respecto. Su secretario, Achille Occhetto, hace un notable esfuerzo por formar una nueva fuerza política de izquierda, mediante la refundación del partido, que permita un programa común de todas las fuerzas progresistas, y al que están invitados desde los ecologistas hasta los cristianos disidentes. Una vez fracasado el eurocomunismo, es un intento por adaptarse a la nueva realidad social, que por ahora no ha parecido tener la suficiente respuesta electoral.

Los aires democratizadores del Este son un sorprendente intento por liberar a la sociedad del peso asfixiante del Estado. Y esto, como sostiene Touraine, nos debe llevar, más que nunca, a creer en la democracia, y en los protagonistas sociales más que en el Estado. Ahora bien, «A la izquierda le toca definir para qué y cómo puede ser orientado este espíritu democrático en un sentido diferente de aquél hacia el cual lo empujan quienes sólo conciben la sociedad como un mercado»<sup>47</sup>.

La «Perestroika», poco a poco, se configura como algo más que una mera reforma administrativa dentro del programa leninista. Los deseos de liberalización de la economía parecen apuntar hacia una rectificación formal de la teoría marxista. La URSS, hoy, parece aspirar hacia una desestatalización de la economía y una democratización de las instituciones políticas. No obstante, la renuncia al leninismo no debería ser una carta blanca al liberalismo sin más<sup>48</sup>. Algo que no podemos olvidar nunca es la crítica marxista al capitalismo. Es más, como nos recuerda Gustavo Bueno, el capitalismo que «utiliza la democracia formal mediante los procedimientos de control de masas», puede ser más peligroso por su camuflaje. No obstante, somos muchos los que sabemos que sigue anteponiendo «la propiedad privada de los bienes de producción y de consumo, a la igualdad y a la fraternidad»<sup>49</sup>.

Lo que ocurre es que el socialismo tiene que volver a definirse, buscar nuevas formas, en función de las nuevas circunstancias y condiciones objetivas. El viejo Engels, en una carta que escribió a C. Schmidt el 5 de agosto de 1890, reconocía que la sociedad socialista no debía concebirse como algo estable y fijado para siempre, sino como algo cambiante y en constante progreso. Evidentemente, las referencias que hemos hecho al partido desmercantilizado y al protagonismo de los movimientos sociales en las sociedades occidentales, van orientadas a replantear la posibilidad de un nuevo sujeto de la «revolución», y una alternativa a la Dictadura del proletariado. En verdad, la nueva alternativa está por configurarse, pero, en alguna medida, deberá ser un freno y una domesticación del capitalismo salvaje, como sugiere Gustavo Bueno. Ludolfo Paramio también piensa que la «Perestroika» puede dar como fruto alguna salida con aires socialdemócratas. El peligro está, como hemos dicho, en que degeneren en un anarquismo de nacionalidades y en el desarrollo de un neoliberalismo.

Desde luego, los acontecimientos del Este parecen decirnos que una

economía hiperestatalizada no funciona. Pero entre el liberalismo salvaje y el colectivismo burocrático, parece que se dibuja una tercera vía»: la del socialismo democrático. Una vía defensora de una economía mixta, donde el sector privado y el Estado deberán jugar sus papeles. El primero dinamizando la economía, y el segundo controlando y estableciendo unas reglas de juego básicas, y teniendo un papel activo en el control de las tarifas públicas, y en los Servicios Sociales (sanidad, educación, vivienda, etc.). Lo que parece claro es que la libertad económica deberá estar al servicio del desarrollo del espíritu de iniciativa, pero dentro de un orden: el interés social. Por eso el Estado no debería renunciar a la orientación básica de la economía por medio del control del gasto público, de una política monetaria, y una política fiscal redistribuidora de la renta. Esto es lo que suele llamarse una «economía social de mercado», que deberá luchar contra la macroorganización oligopólica. Esas grandes empresas multinacionales que disputan la capacidad de decisión económica al Estado nacional, y que procuran dominar y someter el mercado competitivo. En esta lucha deberá fortalecerse una cooperación entre Estados. Frente al Estado de bienestar que sólo busca el fomento del consumo, un Estado social debería buscar la solidaridad<sup>50</sup>.

Pero todo lo demás está por inventar en la compleja tesitura actual: una democracia económica y social que deberá compaginar, con imaginación y habilidad, libertad, eficacia y solidaridad.

Lo que hoy sí sabemos es que ni el capitalismo ni el socialismo estaban sancionados por la historia, «no estaban escritos». Fueron intentos llevados a la práctica porque, como dice Salvador Giner, más allá de condiciones favorables, hubo hombres que así lo quisieron. Los ideales sociales e históricos más allá de nosotros no son nada. Y la historia sólo tendrá el sentido que nosotros le demos con nuestros compromisos creativos y nuestras revisiones críticas<sup>51</sup>.

Sin embargo, no quisiera terminar esta reflexión sin hacer una importante puntualización. La posibilidad de esta apuesta a la que estamos aludiendo se ve mermada todavía por otra dificultad: la despolitización o «pasotismo político», y la indiferencia de una parte considerable de la juventud ante las cuestiones sociales.

El neoliberalismo del Estado benefactor, aprovechando el «boom» económico de los años sesenta, favoreció la consolidación de un ethos consumista, hedonista y de la seguridad, que prevalece hasta nuestros días. La búsqueda de la posesión y gratificación inmediata ha favorecido un «narcisismo», que impactó en una juventud que dijo adiós a la moral calvinista del trabajo y del ascetismo. Ahora se intenta, como dijo Jean Baudrillard, «la salvación por los objetos»; unos objetos que procuran la satisfacción de unas necesidades provocadas artificialmente. Y ello delata que el individuo ha perdido la confianza en sí mismo, proyectando en el mundo sus propios temores y deseos manipulados, sin capacidad crítica y con una actitud insolidaria. Es, como ha dicho G. Lipovetsky, la glorifica-

ción «del reino de la expansión del ego puro»<sup>52</sup>. La cultura consumista se indentifica con un tipo de conducta que valida una libertad sin compromiso para probarlo todo. La libertad no es ya una opción comprometida y coherente en una línea de acción y pensamiento, que madura y progresa con la biografía del sujeto, sino que consiste en un no renunciar a nada. «La consigna de ese nuevo hedonismo que rechaza tanto la nostalgia como la autoacusación es colocarse. Sus adeptos no aspiran a una sociedad auténtica (...), sino a una sociedad polimorfa, a un mundo abigarrado que ponga todas las formas de vida a disposición de cada individuo»<sup>53</sup>. El compromiso no significa fidelidad a ultranza, sino que va acompañado de la posibilidad de su cancelación inmediata, y ello porque hay que explotar a fondo todas las posibilidades de gozo y diversión. «Sin embargo, sabemos que no habrá auténtica libertad sin obediencia a la razón, y sin autonomía de juicio para orientarse. Pero la sociedad de consumo fomenta un sujeto sin referencias propias, sin voluntad y desustancializado. Es el “Yo débil” de las disponibilidad pura»<sup>54</sup>. Hoy se cuestiona un posible sentido de la historia y no se tiene capacidad para retener el pasado; se vive en el puro presente. El progreso se mira con reservas, y no se cree en la revolución. Se quiere vivir aquí y ahora, reivindicando la felicidad para el momento presente, sin cuestionarse sobre alguna posible definitividad<sup>55</sup>. En fin, este «presentismo» y la economía libidinal que le acompaña, como dice Lyotard, desdramatiza la existencia y promueve el desenganche institucional.

La cultura juvenil, después de mayo del 68, ha significado también, la «vuelta a casa»; esto es, la privatización de la vida y el desentendimiento de las cuestiones públicas, sociales y políticas. Estas son cuestiones que quedan para los adultos. Todo lo más que se alumbra es un «radicalismo antihistórico y antimilitante», como consecuencia del fracaso del radicalismo revolucionario, que aboca al «pasotismo» y a la reivindicación de la experiencia individual e íntima. Es ese narcisismo cultural, que hemos apuntado, el que se rebela contra todo compromiso político, y que hace ya unos años denunció Amando de Miguel<sup>56</sup>.

En el caso de nuestro país, hay además una nota específica. La venida de la democracia ha desposeído de urgencia y premura moral al compromiso militante. Como dice Miguel Beltrán, el paso de la democracia ha significado, para muchos jóvenes, su licenciamiento de las inquietudes sociales y políticas. Afortunadamente el resurgir del movimiento estudiantil puede ser una señal de que comienza a salirse del «letargo». Por eso es una tarea urgente concienciar a la juventud española de que la desintegración de la vida pública y la degeneración de las instituciones pueden tener consecuencias desastrosas. Una de ellas, a la que estamos asistiendo, es la crisis moral, y cultural, que se concreta en la desesperanza y la pérdida de sentido, en un nihilismo individualista. Hay crisis de valores, de normas y de creencias<sup>57</sup>. El hombre occidental, o consigue su identidad, ¡pobre identidad!, de la mera instrumentalidad industrial-mercantil (entonces es un mero productor y

consumidor, y al margen de este circuito no es nada<sup>58</sup>), o se desgarran «bajo el imperio de la polifonía», por decirlo con palabras de Edgard Morin. Como nos recuerda Jean Ziegler en un bellissimo libro: «Sobre su suelo proliferan, como en una jungla, las más contradictorias ideologías, pertenecientes a los más diversos períodos históricos (...). Al hombre ordinario le da vueltas la cabeza. No sabe ya a qué santo encomendarse, dónde depositar su fe... Nada es cierto porque todo lo es (...). De ahí la inseguridad psicológica de los individuos, la angustia, la neurosis»<sup>59</sup>. Carecemos de las «narrativas maestras», como dice Lyotard, que antes cantaban las esperanzas y la fe en la liberación de la humanidad. Las visiones holistas o universos simbólicos que le hacían vivir al hombre tradicional en un cosmos, dejan sentir su ausencia para muchos hombres y mujeres de hoy. La amenaza del caos se suspende sobre sus cabezas. Por esta razón, para Jean Ziegler, muchas culturas de ese mundo, que despectivamente denominamos «subdesarrollado», pueden darnos lecciones de vida espiritual. Para este sociólogo y antropólogo ginebrino, hoy «la sabiduría va vestida de harapos».

Esta deshumanización del mundo occidental se manifiesta, incluso, en los que cantan la victoria del mundo del progreso industrializado y democrático de Occidente. El número dos de la Oficina de Planificación a Largo Plazo del Departamento de Estado norteamericano, e ideólogo de la Administración Bush, Francis Fukuyama, publicó en el periódico neoconservador de Washington, el «National Interest», en el verano de 1989, un artículo titulado «¿El Fin de la Historia?»<sup>60</sup>. Un artículo que desencadenó el comentario y la polémica. Fukuyama parece defender la teoría que acaba con todas las teorías: «la universalización de la democracia liberal occidental como la reforma final de gobierno humano»<sup>61</sup>. El final de la historia como último paso en la evolución ideológica de la humanidad, dice Fukuyama. El siglo XX que ha sido testigo de un «paroxismo de violencia ideológica» parece que está terminando siendo testigo del fin de la «guerra fría», y no de una convergencia de capitalismo y socialismo, sino de «una inquebrantable victoria del liberalismo económico y político»<sup>62</sup>. Sus alternativas tradicionales, anarquismo, socialismo y comunismo, parecen hundirse definitivamente. El reformismo de los países del Este y la sociedad de consumo parecen dar la razón a Fukuyama. Según éste último, es el fin de la historia, porque ya no hay contradicciones básicas que no se puedan resolver en el contexto del liberalismo moderno, y el comunismo ha perdido irreversiblemente su atractivo, incluso en la China popular.

Ahora bien, «¿existen —se pregunta Fukuyama— en la sociedad liberal otras contradicciones, además de la de las clases, que no tengan solución? Dos posibilidades saltan a la vista: la religión y el nacionalismo»<sup>63</sup>. Para nuestro autor, el resurgir, últimamente, del fundamentalismo religioso en el seno de la tradición judía, cristiana y musulmana, es indicativo del vacío espiritual y de la insatisfacción que produce el predominio de lo impersonal en la sociedad de consumo. Pero a estas cuestiones parece que es difícil que dé

respuesta la política. Sólo el Islam ha presentado un Estado teocrático como alternativa política, pero que no parece que vaya a extender su estructura de plausibilidad más allá del mundo musulmán.

La otra contradicción, con la que se enfrenta el liberalismo, es el problema de los nacionalismos. No obstante, los nacionalismos, más allá de su desco de independencia respecto de otros grupos, no parecen —según Fukuyama— que ofrezcan una alternativa socioeconómica novedosa. El mundo parece dominado por las cuestiones económicas y no ideológicas, que intentan resolverse, no con la guerra, sino con la distensión y el pacto pragmático. Fin, pues, de las ideologías. Lo que sí van a continuar, por algún tiempo, son los conflictos de carácter étnico-nacionalista.

No obstante, y es lo que especialmente quería destacar, el fin de la historia que se está insinuando, le parece a Fukuyama que será «un tiempo muy triste», debido a que ya no habrá «valores trascendentes» que promuevan el heroísmo, el sacrificio, la generosidad y el riesgo o la aventura. Ya no habrá ocasión de arriesgar la vida: «La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida en nombre de un fin puramente abstracto, la lucha ideológica universal que daba prioridad a la osadía, el atrevimiento, la imaginación y el idealismo se verán sustituidos por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y las respuestas a las refinadas necesidades del consumidor. En la era poshistórica no existirá ni arte, ni filosofía, nos limitaremos a cuidar eternamente de los museos de la historia de la humanidad»<sup>64</sup>. Yo diría que de las dos tendencias básicas del hombre, de las que dan cuenta la psicología y la fenomenología de la religión, el ansia de seguridad y el ansia de intensidad vital, el fin de la historia de Fukuyama se decanta, unilateralmente, por dar satisfacción a la primera. Pero con ello se renuncia a vivir intensamente, porque ello significa tener que asumir el riesgo, el sacrificio, la solidaridad, y la lucha contra la incertidumbre. Es la renuncia a la lucha por la plenitud vital, de la que dan testimonio toda la literatura religiosa, desde el Poema mesopotámico de Gilgamesh a los Evangelios de Jesús de Nazaret.

Parece como si estuviéramos viviendo la culminación de la historia como momento, en el que se va a universalizar una forma pretendidamente racional de sociedad y de Estado. Pero el precio es un desencanto de la cultura, pues apreciamos un «vacío en el corazón del liberalismo». Y es que la liberación de determinadas formas de opresión no es, sin más, la conquista de la felicidad, y, sin embargo, la historia del hombre no es sino la aventura de dar sentido al mundo y a la vida. El desarrollo de la condición humana depende de la capacidad narrativa para crear y descubrir el orden.

No obstante, hay cuestiones que parecen recordarnos que la historia no ha acabado: la pobreza de los marginados, el racismo, la drogadicción, etc. Y los acontecimientos del Este vienen a ser la reacción frente al «fracaso de una cultura oscurantista y nacionalista que llevó a la II Guerra Mundial», y

frente a los vencedores «que reducen la política a poder». Estos acontecimientos significan el triunfo de la subjetividad: el levantamiento de unos pueblos que se ponen en marcha en busca de la libertad. Y es que no podemos olvidar que la democracia más que un «estado» es, como nos dice J. L. Aranguren, «un proceso, una tarea moral» y «una utopía»<sup>5</sup>. La democracia si no quiere morir es más que nada la propia lucha por su conquista.

## NOTAS

<sup>1</sup> ANDERSON, Perry: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI, Madrid, 1979, 10-11. Cfr. también 18 y 138.

<sup>2</sup> BERNSTEIN, Eduard: *Socialismo teórico y Socialismo práctico*. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1966.

<sup>3</sup> Cfr. ANDERSON, Perry: *o. c.*, 41, 56-57, 67 y ss., 76-93, 115-116.

<sup>4</sup> Esa síntesis es un presupuesto fundamental de toda la crítica al reformismo de E. Bernstein, que llevó a cabo Rosa Luxemburgo en sus escritos reunidos en *Reforma o Revolución*. Akal, Madrid, 1978.

<sup>5</sup> Para una visión más amplia de lo que vamos a exponer a continuación, cfr. GARCIA SANTESMASES, A.: *Marxismo y Estado*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986; obra que seguimos especialmente.

<sup>6</sup> BALIBAR, E.: *La Dictadura del Proletariado*. Siglo XXI, Madrid, 1977.

<sup>7</sup> ALTHUSSER, L.: «El socialismo y la transición». *Rev. Viejo Topo*, n.º 11, agosto 1973, 33.

<sup>8</sup> «La libertad consiste en hacer del Estado de un órgano situado por encima de la sociedad, un órgano completamente subordinado a ésta.» Y «entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el período de la transformación revolucionaria de la una a la otra. A éste le corresponde también un período político de transición cuyo Estado no puede ser sino la dictadura revolucionaria del proletariado». Marx piensa en una auténtica «soberanía popular», en «una república democrática». MARX, K.: *Crítica del Programa de Gotha*. Materiales, Barcelona, 1978, 112 y 113. Y Lenin escribe reflexionando sobre la Comuna: «La democracia llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial para la represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.» LENIN: *El Estado y la Revolución*. Ayuso, Madrid, 1976, 51. Cfr. También 39, 45, 49.

<sup>9</sup> KOŁAKOWSKI, L.: *El mito de la autoidentidad humana*. Cuadernos Teorema. Universidad de Valencia, 1976.

<sup>10</sup> Cfr. DJILAS, Milovan: *La Nueva clase*. Ed. Sudamericana; RIZZI, Bruno: *La burocratización del mundo*. Península, Barcelona, 1980; MATTHEWS, Marvin: *Clases y sociedad en la Unión Soviética*. Alianza Universidad, 1977. Como indica Bettelheim, «fundamentalmente, el avance hacia el socialismo no es más que la creciente dominación por parte de los productores inmediatos sobre sus condicio-

nes de existencia y, por consiguiente y en primer lugar, sobre sus medios de producción y sobre sus productos. Esta dominación sólo puede ser colectiva y lo que se llama "plan económico" puede ser uno de los medios para esta dominación, pero sólo lo es cuando se dan unas condiciones políticas determinadas, sin las cuales el plan no es más que un medio particular utilizado por una clase dominante». SWEEZY, P. M., y BETTELHEIM, CH.: *Algunos problemas actuales del socialismo*. Siglo XXI, Madrid, 1976, 54. Y para el Lenin revolucionario lo que diferenciaba un aparato del Estado proletario del burgués era que ese aparato no estuviera separado de las masas proletarias. La trampa estaba en esa tendencia a la autonomización del aparato del Estado, que el Lenin estadista no supo evitar.

<sup>11</sup> LENIN: «Las tareas inmediatas del poder soviético». *Obras escogidas*. Akal, Madrid, 1976.

<sup>12</sup> Cfr. MARX, K.: *Las luchas de clases en Francia. (1848 a 1850)*. Ayuso, Madrid, 1975.

<sup>13</sup> LOBO ALONSO, J. A.: «Marx y los movimientos sociales». *Estudios filosóficos* n.º 89, vol. XXXII, Valladolid, 1983, 32-33.

<sup>14</sup> «Con ella se implantan una igualación y una solidaridad mecánicas, no orgánicas, con graves problemas de motivación e incentivación. Tal es (...) el caso de la Unión Soviética, que, a pesar de sus logros (...), ha tenido que recurrir a una minoría dirigente, al Partido Comunista y al empleo de la coerción administrativa, cuyo caso extremo son las purgas.» USÓN PEREZ, V.: «Libertad y Planificación». Tesis doctoral. Facultad de Filosofía. Universidad Complutense, Madrid, 1990, 275. Cfr. también BERGER, P. L.: *Pirámides de sacrificio (Ética política y cambio social)*. Sal Terrae, Santander, 1979, 99-100.

<sup>15</sup> Curiosamente, Engels, al final de su vida, ante los resultados conseguidos por el partido socialdemócrata alemán, vio con buenos ojos la vía democrática. Por lo menos así lo confiesa en la Introducción que escribió para «La lucha de clases en Francia», de K. Marx.

<sup>16</sup> «Por socialismo moderno no entendemos sólo la organización social de la producción, sino también organización democrática de la sociedad. Por consiguiente, para nosotros el socialismo está indisolublemente ligado a la democracia. No hay socialismo sin democracia.» KAUTSKY, K.: *La dictadura del proletariado* (seguido de LENIN, V. I.: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*). Ayuso, Madrid, 1976, 17. Sólo bajo la democracia el proletariado alcanzará la madurez necesaria para la prosecución del socialismo. Cfr. *o. c.*, 20, 22, 25, 35, 60-63, 82, 84.

<sup>17</sup> MANDEL, E.: *La teoría marxista del Estado*. Anagrama, Barcelona, 1976.

<sup>18</sup> GARCIA SANTESMASES, A.: *o. c.*, 149-150.

<sup>19</sup> Cfr. GARCIA SANTESMASES, A.: *o. c.*, 150. El eurocomunismo piensa que las tesis de Lenin de 1917 y 1918 ya no son aplicables a la sociedad actual. «Y lo que las ha hecho inaplicables es el cambio de las estructuras económicas y la ampliación objetiva de las fuerzas sociales progresistas, el desarrollo de las fuerzas productivas (...), los avances del socialismo y la descolonización, la

derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.» CARRILLO, S.: *Eurocomunismo y Estado*. Grijalbo. Barcelona, 1977, 12. El eurocomunismo valora positivamente la posibilidad de democratizar el aparato del Estado capitalista para convertirlo en un instrumento válido para la construcción del socialismo. Para ello se fija en el papel «in crescendo» del Estado en el control del desarrollo económico, en la gestión de las necesidades sociales, y en la posibilidad de utilizar los propios aparatos ideológicos del Estado (sistema educativo, familia, Iglesia, etc.) y los medios de comunicación social. Y en fin, «la posición dominante del sector público en la economía y la hegemonía política de las fuerzas del trabajo y de la cultura asegurarán la marcha progresiva hacia la sociedad sin clases: hacia el socialismo». CARRILLO, S.: *o. c.*, 103-104.

<sup>20</sup> SACRISTAN, M.: «A propósito del eurocomunismo.» *Rev. Materiales*, n.º 6, noviembre-diciembre 1977.

<sup>21</sup> «El eurocomunismo es aún menos real que el socialismo de izquierda. No viene a ser más que la renuncia forzosa, por parte del Partido Comunista, a su aspiración revolucionaria en favor de una política democrática tan ajena a este partido (...) Situación incómoda ésta por la que tiene que pasar un partido organizado para la guerra social y la toma del poder, y obligado a participar en una democracia parlamentaria». TOURAINÉ, A.: *El Postsocialismo*. Planeta, Barcelona, 1982, 186.

<sup>22</sup> MILIBAND, Ralph: *El Estado en la sociedad capitalista*. Siglo XXI, Madrid, 1970.

<sup>23</sup> Cfr. GARCIA SANTESMASES, A.: *o. c.*, 172.

<sup>24</sup> OFFE, Claus: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Ed. Sistema, Madrid, 1988, 56.

<sup>25</sup> OFFE, Claus: *o. c.*, 64-65.

<sup>26</sup> LINZ, J. J.: *La quiebra de las democracias*. Alianza Universidad, Madrid, 1987, 62-63.

<sup>27</sup> Cfr. MACPHERSON, C. B.: *La democracia liberal y su época*. Alianza, Madrid, 1981, 109-111.

<sup>28</sup> CAMPS, Victoria: *Virtudes públicas*. Espasa-Calpe, Madrid, 1990, 78. «La tendencia a la oligarquización del mercado político -- todo, menos libre y transparente -- viene fortalecida por la propia oligarquización interna de los partidos (...), proceso de oligarquización que, en fin, queda soldado con la financiación pública de los partidos, que les permite desentenderse de la sociedad y del juego democrático interno (...). El gobierno no es del pueblo, sino de unos pocos, que consiguen detentarlo cada vez por más largo plazo.» SOTELO, Ignacio: «Una reflexión histórica sobre la democracia», en AA.VV.: *Sociedad civil y estado. ¿Reflujo o retorno de la sociedad civil?* Fundación Friedrich Ebert, Salamanca, 1988, 54. El ejemplo del PSOE es bien explícito al respecto. La política desarrollada por este partido en el gobierno, no ha tenido hasta ahora como resultado un cambio de sistema económico, sino la simple sustitución en el poder para consolidar la democracia capitalista. Y además esta misión la ha querido legitimar acudiendo a una pretendida superioridad moral, sin caer en la cuenta de que «la

conciencia de su superioridad moral frente al despreciado régimen anterior, hacen que no tomen en consideración incluso los argumentos válidos de la oposición, aumentando así la resistencia». LINZ, Juan J.: *o. c.*, 49. Por otro lado, el PSOE ha caído en la tentación de identificar el régimen democrático con la mayoría que el partido detenta y con su política. Y como dice LINZ, «sobre esta base, toda oposición a estas políticas es considerada antidemocrática más bien que un esfuerzo para cambiar las decisiones de la mayoría temporal». LINZ, Juan, J.: *o. c.*, 67. Se olvidan de que «la democracia, especialmente en sus difíciles primeros años, requiere mecanismos que permitan a la oposición, si está dispuesta a atenerse a la ley, tener una participación significativa en el poder». LINZ, Juan J.: *o. c.*, 67. Esta actitud reificadora fomenta la prepotencia, la mala retórica, la corrupción y el autoritarismo acrítico, cuando no el oportunismo y un vulgar pragmatismo coyuntural. Añadamos a esto el triste espectáculo que, en nuestro país, están dando ciertos sujetos de la clase política, altamente profesionalizada, que convierten la «poltrona» en fin en sí, a cuyo servicio está el carnet de turno, que se pueda tener, según los avatares del «chaleo político». Por eso tiene razón Claus Offe, cuando afirma que a lo que actualmente asistimos es a una «pérdida de radicalidad ideológica, desactivación de los miembros y erosión de la identidad colectiva» (OFFE, Claus: *o. c.*, 65) en los partidos políticos. Y el estimulante cuadro de nuestra clase política lo podemos completar con los «edificantes casos» que nos hablan de la corruptibilidad y el tráfico de influencias. Por otro lado, la dudosa financiación de los partidos políticos exige, en nuestro país, una investigación judicial que aclare las responsabilidades sobre posibles prácticas ilegales, y un debate parlamentario para buscar formas de financiación más transparentes. En el conjunto de los ingresos de los partidos, lo que se recauda por las cuotas de los afiliados es una cantidad bastante pequeña, lo que se recibe por donaciones privadas tampoco es relevante, de modo que la parte gruesa de la financiación corresponde a lo que se recibe de las arcas del Estado. Y de lo que se sospecha es de la posibilidad de una dudosa financiación con dinero recibido por comisiones, debido a la concesión de contratos, o por adjudicaciones para la ejecución de obras públicas, por medio de decisiones «no muy imparciales». Para evitar esta situación, hay que potenciar el nivel de ingresos de los partidos, informar con claridad del origen de los ingresos, y reducir los gastos. Para alcanzar el primer objetivo, no parece viable ni aumentar las subvenciones públicas (en 1987 estas últimas se incrementaron en un 100 por 100), ni esperar este objetivo de las aportaciones de los afiliados, sino que deben de favorecerse las donaciones privadas. Esta práctica está implantada en otros países, como Canadá, EE.UU., Alemania, etc., y se favorece con desgravaciones fiscales. En España esta posibilidad está restringida por los límites de las cuantías, según la Ley electoral y la de financiación de los partidos. Algunos piensan que la liberación de esta medida sería un contexto favorecedor de presiones y corruptelas. Pero esta posibilidad podría ser «corregida» con una información transparente de la financiación, como ya hemos indicado, y mediante una contabilidad controlada. Junto a todo esto, la reducción de los gastos podría ser propiciada, acortando la duración de las campañas electorales, y

concentrándolas, en la medida de lo posible. Por ejemplo, haciendo coincidir las generales y las autonómicas, o aumentando en un año el mandato de los ayuntamientos y de las asambleas autonómicas para hacerlas coincidir con las del Parlamento europeo. (Cfr. CASTILLO, Pilar del: «La financiación de los partidos, a debate». *El Mundo*, 30-4-1990; ESTEBAN Jorge de: «Financiación de los partidos y corrupción». *El Mundo*, 31-5-1990.

<sup>29</sup> CORTINA, Adela: «El ethos democrático: entre la anarquía y el Leviatán, en AA.VV.: *Sociedad civil y estado, o. c.*, 96.

<sup>30</sup> Cfr. CAMPS, Victoria: *o. c.* Libro sugerente, aunque falto, a mi modesto juicio de una mejor fundamentación antropológica y epistemológica.

<sup>31</sup> SCHAFF, Adam: *¿Qué futuro nos aguarda?* Crítica, Barcelona, 1985. SCHAFF, Adam: *Perspectivas del socialismo moderno*. Ed. Sistema, Madrid, 1988.

<sup>32</sup> SCHAFF, Adam: *¿Qué futuro nos aguarda?*, *o. c.*, 71. Desde luego el proceso de datos, en el futuro, ofrece posibilidades interesantes para ampliar la participación democrática. Claro que esta tarea no está libre de inconvenientes. Está, por ejemplo, la cuestión del «filtro de la formulación». La redacción de los cuestionarios y las preguntas no podrá, en su síntesis, abarcar toda la complejidad y reivindicaciones enfrentadas. Por ello... «parece inevitable que algún órgano estatal haya de decidir qué preguntas hacer, cosa que difícilmente podría dejarse a organizaciones privadas». Y «además, si no existiera en alguna parte del sistema un órgano cuya función consistiera en reconciliar las demandas conflictivas presentadas (...) el sistema se desintegraría enseguida». MACPHERSON, C. B.: *o. c.*, 116. Por otro lado, está el problema ético que plantean las posibilidades, cada día mayores, de controlar la vida de los ciudadanos, mediante la informatización de los datos. Habrá que abordar el problema moral que esto plantea, y enfrentarse con el actual vacío jurídico al respecto. Habrá que poner límites para proteger a una democracia para la libertad. Si no es así, el poder de la información no estará al servicio del ciudadano, ni será la expresión de su voluntad. Cfr. BUSTAMENTE DONAS, Javier: «La revolución tecnológica: transformación de las estructuras organizativas de la sociedad». Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía, Universidad Complutense, Madrid, 1985.

<sup>33</sup> RACIONERO, Luis: *Del paro al ocio*. Anagrama, Barcelona, 1983. «España ha sido un país que ha carecido durante siglos de una adecuada dirección política, un país secularmente mal gobernado. No es sorprendente, pues, que el desarrollo social, cultural y económico no se haya producido en España con la misma extensión que en otras naciones europeas de nuestro tamaño y potencialidad con las que en el pasado nos hemos podido comparar y de las que nos hemos quedado notoriamente alejados.» YUSTE, José Luis: *Las cuentas pendientes de la política en España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1986, 20. También hemos carecido de una conciencia histórica que nos haya ayudado a corregir los errores, y a mantener los aciertos. Hemos tropezado muchas veces en la misma piedra. De los siglos XVI y XVII parten algunos de los graves defectos de nuestra vida social y política, que los siglos posteriores han acentuado: la debilidad del Estado, el subdesarrollo eco-

nómico, la intolerancia espiritual y el postergamiento internacional. Todo ello significó un alejamiento del sentido de la historia europea. (Cfr. YUSTE, José Luis: *o. c.*, 27.) Durante el siglo XVIII España fue testigo de cierta recuperación económica y racionalización del Estado, gracias a políticos influenciados por la Ilustración. Pero a finales del siglo acabó esa «revolución desde arriba». Tras la vuelta de Fernando VII, España es testigo de una lucha entre los que buscan la modernización política y económica del país, y los partidarios del orden tradicional presidido por la alianza entre el trono y el altar. Como sabemos, el desprestigio de la Corona acabó, por dos veces, en nuestra historia contemporánea, con las experiencias aún más desastrosas de la primera y segunda repúblicas. En fin, la historia de nuestro país ha estado condenada casi siempre «por la intolerancia de unos y la impaciencia de otros». Gracias a la derecha reformista y a la izquierda dialogante, la España que se asoma ya al siglo XXI, tiene una nueva oportunidad de superar sus males crónicos: la debilidad del Estado, el desequilibrio social y la ausencia de instrucción popular. Desaprovechar esta oportunidad sería imperdonable.

<sup>34</sup> POULANTZAS, Nicos: *Estado, Poder y Socialismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978.

<sup>35</sup> MILIBAND, Ralph: *Marxismo y Política*. Siglo XXI, Madrid, 1978. En esa misma línea se mueve la postulación de un «tercer paradigma» por E. Díaz, a base de una recuperación de las instituciones democráticas y los movimientos de base de la sociedad civil. Cfr. DIAZ, Elías: *Socialismo democrático: instituciones políticas y movimientos sociales*, en AA.VV.: *Sociedad Civil y Estado*, *o. c.*, 55 y ss.; DIAZ, Elías: *De la maldad estatal y la soberanía popular*. Debate, Madrid, 1984, 265-266. Ver también, ZAPATERO, V.: «El futuro del Estado Social», en AA.VV.: *El futuro del socialismo*. Ed. Sistema, Madrid, 1986, 65 y ss.

<sup>36</sup> Victoria Camps también señala, en la obra que hemos citado, a los movimientos sociales como instancias críticas y dinamizadoras de la sociedad, como fomentadoras de las virtudes y actitudes de los ciudadanos, más allá de las medidas legislativas. Cfr. CAMPS, Victoria: *o. c.*, 49. Cabe, pues, esperar una revitalización de la política democrática desde la propia sociedad civil. Esa sociedad civil que, de manera amplia, Salvador Giner define como «el reino de las voluntades privadas, individuales o colectivas, así como el de la propiedad, la desigualdad, la clase social, el interés de cada cual, del mismo modo que es el ámbito para las asociaciones voluntarias para la ganancia, la protección mutua ante el infortunio, la concurrencia capitalista y la afirmación ideológica cultural». GINER, Salvador: *El destino de la libertad*. Espasa-Calpe, Madrid, 1987, 43-44. «En teoría (habría que decir en “utopía”), la sociedad civil es, pues, el reino de la libertad mundana». GINER, S.: *o. c.*, 55.

<sup>37</sup> BUENO, Gustavo: «La teoría marxista a la luz de la Perestroika». *Rev. Meta.*, vol. IV, n.º 5, abril 1990, 93.

<sup>38</sup> GARCIA SANTESMASES, A.: «Respuestas a un cuestionario: ¿existe todavía el marxismo?» *Rev. Meta*, *o. c.*, 112. Idea que también sostiene el autor en «Sobre la relación entre partidos políticos y movimientos sociales», en AA.VV.: *Sociedad civil y Estado*, *o. c.*, 69 y ss.

<sup>39</sup> El dinamismo y la lucha reivindicativa de los movimientos sociales puede significar una confirmación y profundización de lo que entiende Juan J. Linz por democracia: «Libertad legal para formular y proponer alternativas políticas con derechos concomitantes de libertad de asociación, libertad de expresión y otras libertades básicas de la persona; competencia libre y no violenta entre líderes con una revalidación periódica de su derecho para gobernar (...) y medidas para la participación de todos los miembros de la comunidad política, cuales quiera que sean sus preferencias políticas». LINZ, Juan J.: *o. c.*, 17.

<sup>40</sup> OFFE, Claus: *o. c.*, 68.

<sup>41</sup> OFFE, Claus: *o. c.*, 107.

<sup>42</sup> OFFE, Claus: *o. c.*, 109.

<sup>43</sup> Cfr. TOURAINE, Alain: *El Postsocialismo*. Planeta, Barcelona, 1982. En esta obra, que el autor inicia con una frase lapidaria, «El socialismo ha muerto», denuncia la crisis de la política institucional: «Estamos en el umbral de un nuevo tipo de sociedad, que precisa la formación de movimientos sociales de nuevo cuño» (*o. c.*, 13. Cfr. también 93 y ss., 117 y ss., 175 y ss.). Y puntualiza: «Su acción no puede ya quedar subordinada a partidos o filosofías de la historia. La primera condición para un renacimiento político de las izquierdas es, pues, la renuncia al Gran Partido, el que habla en nombre de una clase al propio tiempo que de la ciencia y de la historia» (*o. c.*, 211). «... de lo que se trata es de inventar una izquierda postsocialista y antiestatal» (*o. c.*, 213). Frente a este planteamiento, Elías Díaz insistirá en que el pacto político constitucional no debe aislarse de los sectores más dinámicos y progresistas de la sociedad civil. Cfr. DIAZ, Elías: *socialismo democrático: Instituciones políticas y movimientos sociales*, *o. c.*, 67.

<sup>44</sup> Cfr. También MILIBAND, Ralph: *Marxismo y Política*, *o. c.*, 230-240.

<sup>45</sup> BLOCH, E.: *Derecho natural y dignidad humana*. Aguilar, Madrid, 1980, 207.

<sup>46</sup> TOURAINE, Alain: «La gran oportunidad». *El País*, 10-12-19, 13.

<sup>47</sup> TOURAINE, Alain: *El País*, 10-12-19, 13.

<sup>48</sup> A lo que estamos asistiendo es a «la crisis final del sistema de producción anticapitalista creado hace más de setenta años en el territorio del antiguo imperio zarista e instaurado en otros países después de la Segunda Guerra Mundial». CLAUDIN, Fernando: «¿A dónde va la Unión Soviética?» *Claves*, n.º 3, junio 1990, 10. Este sistema que se «saltó a la torera las leyes del desarrollo económico de K. Marx», muy pronto reveló su ineficacia económica y su incapacidad de autorrevisión crítica. Y lo más grave es que el experimento se está acabando sin haber sabido alumbrar una alternativa frente al modelo de producción capitalista. La «Perestroika» pronto comprendió que su intento de renovación económica no era viable, si no iba acompañado de una reforma política. Y ello porque la mastodóntica burocracia soviética vio pronto en peligro sus intereses corporativos, y reaccionó en consecuencia. Había, pues, que intentar una «democratización dentro del sistema» (Gorbachov, 1987). Se propició para ello una libertad de expresión y ampliación de la información, que facilitó la conciencia crítica a amplios sectores sociales. Y así, «la sociedad soviética, por primera vez desde

1917, comenzó a hablar con voz propia». CLAUDIN, Fernando: *o. c.*, 12. Hoy la dinámica desatada, por su propio desarrollo apunta hacia un auténtico cambio de sistema: se aspira a una democracia para la libertad respetuosa con los derechos humanos. Las elecciones al Congreso de Diputados del Pueblo de marzo de 1989 significó la derrota del PCUS, el desarrollo y florecimiento de nuevas corrientes políticas, y la formación del «grupo interregional de diputados», auténtica «incubadora» de futuros partidos políticos. Pero Gorbachov se encuentra frente a dos graves problemas. El primero es el de los nacionalismos; o dicho de otro modo, el desmantelamiento del «imperio ruso». En las actuales circunstancias no es viable sostener la Unión de 1922, mediante el argumento de las armas. ¿Se acabará alumbrando una organización federal? El segundo es el económico. Se intenta introducir el mercado como elemento regulador. Pero el problema es difícil, pues se trata de una experiencia totalmente nueva: «Cómo reconstruir una economía capitalista partiendo de la bancarrota de una economía anticapitalista». CLAUDIN, Fernando: *o. c.*, 11.

<sup>49</sup> BUENO, Gustavo: *o. c.*, 90. El problema de fondo no es ya la mayor o menor igualdad material, sino la aspiración a la autodeterminación. Como muy bien sentencia C. B. MACPHERSON, «Una sociedad plenamente democrática requiere un control político democrático de la utilización que se hace del capital acumulado y de los recursos naturales restantes de la sociedad. Probablemente no importa que éste adopte la forma de la propiedad social de todo el capital, o de un control social de éste tan completo que sea prácticamente lo mismo que la propiedad. Pero no basta con una mayor redistribución por el Estado de bienestar del ingreso nacional: por mucho que reduzca las desigualdades del ingreso entre las clases, no afectará a las desigualdades de poder entre ellas». MACPHERSON, C. B.: *o. c.*, 133-134.

<sup>50</sup> Solidaridad necesaria ante la crisis de un Estado de bienestar, que parece «tocar techo». La crisis fiscal del Estado se ha visto propiciada por la creciente demanda de servicios sociales por sectores cada vez más amplios de la sociedad. Y ello, una vez que ya no es tan fácil la acumulación procedente de los países del Tercer Mundo. Crisis que también se ha visto favorecida por el buen entendimiento entre el sector monopolista y el Estado: los déficit de la empresa monopolista se procuraban socializar, sufragando, básicamente, el Estado los gastos sociales; pero en cambio no se socializaban los beneficios, porque lo impedían las necesidades de la acumulación. Esto produce un crecimiento insostenible de los gastos públicos. (Cfr. O'CONNOR, James: *La crisis fiscal del Estado*. Península, Barcelona, 1981.) A ello añadamos los terribles costos de la absurda carrera de armamentos favorecida por una política de bloques. Por todo ello afirma Elías Díaz: «El crecimiento, la realización del Estado social se ha revelado así claramente contradictorio con ese modo privado de producción y apropiación». DIAZ, Elías: *Socialismo democrático: instituciones políticas y movimientos sociales*, *o. c.*, 57.

<sup>51</sup> Cfr. GINER, Salvador: *El destino de la libertad*, *o. c.*, 185.

<sup>52</sup> LIPOVETSKY, G.: *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona, 1987, 55.

<sup>53</sup> FINKIELKRAUT, A.: *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona, 1987, 115-116.

<sup>54</sup> FERNANDEZ DEL RIESGO, Manuel: «La postmodernidad y la crisis de los valores religiosos». *Diálogo Filosófico*, n.º 14, mayo-agosto 1989, 220.

<sup>55</sup> Cfr. JAMESON, F.: «Posmodernismo y sociedad de consumo», en AA.VV.: *La Posmodernidad*. Kairós, Barcelona, 1985, 185.

<sup>56</sup> DE MIGUEL, Amando: *Los Narcisos*. Kairós, Barcelona, 1979.

<sup>57</sup> Desmoralización y desencantamiento de la sociedad de consumo, que, por otro lado, se ceba especialmente en los jóvenes. Las contradicciones socioculturales inciden especialmente en la juventud. La rúbrica «jóvenes» es hoy una denominación socio-cultural más que una categoría biológica. La convención estadística adoptada internacionalmente fija los límites de la categoría demográfica «juventud» entre los quince y los veinticuatro años. Por debajo la adolescencia y por encima la adultez. Pero el límite por arriba no tiene la clara apoyatura biológica del límite por debajo; se fundamenta en una sobredeterminación social: la emancipación. La emancipación legal se consigue a los dieciocho años. Pero con ello, sin más, lo que se consigue es la superación de «la infancia jurídica». La emancipación real exige además, independencia económica, autoadministración de los propios recursos, y, en fin, autonomía personal (intelectual y moral). Las negativas condiciones objetivas de cara a la prosecución de estas exigencias, pueden producir en los mismos la falta de identidad. ¿Es de extrañar la apatía, el desencanto, la frustración y la agresividad de muchos jóvenes, teniendo en cuenta el desajuste entre sus capacidades y sus responsabilidades y gratificaciones? (Cfr. MARTINEZ CORTES, Javier: *¿Qué hacemos con los jóvenes?* Cuadernos F y S. Fe y Secularidad-Sal Terrae, Madrid-Santander, 1989.)

<sup>58</sup> Es el fruto de la tecnocracia amoral, que no es sino «racionalidad demente», lo que también se ha denominado «la técnica sin cordura». (Cfr. ROSZAK, Theodore: *El nacimiento de una contracultura*. Kairós, Barcelona, 1978, 93, 287-289, 301; RUSSELL, B.: *Sociedad humana: ética y política*. Cátedra, Madrid, 1984, 221). Es el fruto de la politización de la tecnología de que nos habló Marcuse, y que vuelve a recordarnos, GINER, S.: (Cfr. *El destino de la libertad*, o. c., 12). Cfr. también, PARIS, C.: «Mundo técnico y existencia auténtica». *Rev. de Occidente*. Madrid, 1973, 151 y ss.; LEFEBVRE, H.: *Hacia el cibernántropo. Una crítica de la tecnocracia*. Gedisa, Barcelona, 1980, 13 y ss., 61 y ss., 165 y ss.

<sup>59</sup> ZIEGLER, Jean: *La Victoria de los Vencidos*. Ediciones B. Barcelona, 1988, 15.

<sup>60</sup> FUKUYAMA, Francis: «¿El fin de la Historia?» *El País*, 24-9-1989 (resumen del original).

<sup>61</sup> FUKUYAMA, F.: o. c., 10.

<sup>62</sup> FUKUYAMA, F.: o. c., 10.

<sup>63</sup> FUKUYAMA, F.: o. c., 11.

<sup>64</sup> FUKUYAMA, F.: o. c., 11.

<sup>65</sup> Cfr. ARANGUREN, J. L.: «Utopía y libertad». *Rev. de Occidente*, n.º 33-34 (febrero-marzo 1984), 34.